

El euro y las armas

Ya está aquí el euro; para algunos, algo así como la gripe asiática; para otros, una asignatura pendiente, y un tercer sector aplaude al euro como uno de los pasos más importantes dados en la unidad europea. Hace casi 47 años el Tratado de Roma trató de establecer unas relaciones de dependencia y planificación industrial, agrícola y comercial entre Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y Holanda que evitase conflictos bélicos para disputar mercados y dominios de diversa índole. Los analistas del capitalismo moderno señalaban entonces que la fase de expansión no racionalizada llevaba fatalmente a guerras de redimensión. Se trataba de racionalizar las causas económicas de fondo de las dos guerras mundiales del siglo XX, que no eran otras que el uso de las armas para corregir la división del mundo en zonas delimitables por Francia, Estados Unidos y Reino Unido, las tres potencias con posibilidad de hegemonía.

Europa como mercado unificado o como sueño utópico es una diferenciación demasiado fundamentalista. Hasta ahora estamos más cerca de la primera realidad que del sueño, porque aunque la unificación del mercado algo repercute en la creación de un cierto grado de conciencia unitaria, los europeos siguen conservando sus razones nacional-estatales, y la europeización de su conciencia es una película todavía muy superficial. Europa carece de facto de soberanía política o militar unificada y da en todo momento la impresión de bloque geopolítico desarmado, y como bloque geoeconómico está vigilado muy de cerca por los verdaderos dueños del orden internacional: los Estados Unidos de América. Para que Europa posea un verdadero soberanismo necesita medidas políticas y sociales hoy por hoy inasumibles por las conciencias nacionales dominantes, hijas sedimentarias de una larga historia en la que cada identidad se ha construido contra un *enemigo* igualmente europeo.

El euro es un paso importante desde el punto de vista económico, pero también simbólico, puesto que se convierte en un referente inapelable de la *verdad europea*. Claro que la cohabitación entre naciones Estado ricas y otras que no lo son tanto sigue marcando la diferencia en el uso de la nueva moneda, que no iguala la capacidad adquisitiva de los europeos. Seguirán ganando menos euros los trabajadores españoles que los alemanes o los franceses y también gozando de menos bienes sociales, condicionados por la capacidad acumulativa de los esta-



MANUEL
VÁZQUEZ
MONTALBÁN

Para que Europa posea un verdadero soberanismo necesita medidas políticas y sociales hoy por hoy inasumibles por las conciencias nacionales dominantes, hijas de una larga historia en la que cada identidad se ha construido contra un 'enemigo' igualmente europeo

dos. La distancia entre niveles de vida se ha corregido extraordinariamente entre la España del 2002 y la de 1962 con respecto a los países europeos más desarrollados, pero todavía sigue apreciándose un derecho a la diferencia en el peor sentido de la palabra diferencia, el que evocaba aquel eslogan turístico franquista con plaza de toros incluida: *Spain is different*.

Las monedas nacionales han cumplido un papel identificador y simbólico que ha quedado grabado en las páginas de la cultura escrita y en las sucesivas atmósferas de la cultura hablada. Que desaparezca la peseta no deja de ser una catástrofe equivalente a la que representó la desaparición del maravedí, es un decir, y obligará a una cierta dosis de educación monetaria de la ciudadanía, educación permanente para los que superan esas edades en las que un cambio de moneda se experimenta como un cambio de sexo o de club de fútbol. Caso periférico, pero importante en el momento que se da, es que la palabra *peseta* es originalmente catalana y formaba con *capipota* y *capicúa* el gran triunvirato de las aportaciones lingüísticas de la lengua catalana a la española. El presentido divorcio futuro entre el nacionalismo catalán, incluso el moderado, y el nacionalismo español constitucionalista de diseño PP puede verse afectado por la desaparición de *peseta*, vocablo que en cierto sentido nos ha hecho tal como somos. Pasar de *lo que no son pesetas son puñetas* a *lo que no son euros son puñetas* admitamos que no es cosa fácil, ni siquiera para los cerebros más preclaros de España. Factor más importante de meditación es que mientras toda Europa, y con ella el mundo, estrena moneda, a manera de apuesta por un nuevo orden global más implicador, Estados Unidos continúa su guerra sucia internacional a la caza del terrorismo y emplea unos métodos evidentemente salvajes, como matar prisioneros a cañonazos y bombardear y después preguntar. Los que tanto nos indignamos, por ejemplo, por la guerra sucia de los *barbouzes* en la guerra entre Francia y Argelia o la guerra con chorretes que mantuvieron los del PSOE contra ETA en el *asunto GAL*, deberíamos decirles algo a los norteamericanos. Especialmente don **José María Aznar**, tan irritado en el inmediato pasado por el bárbaro asesinato de **Lasa y Zabala** y ahora contemplador entusiasmado por la caza del talibán, vivo, muerto, capado o simplemente torturado.

Bienvenido el euro, pero reconozcamos que siguen siendo más elocuentes las armas.

